

# CRISIS PROFUNDA

**C**ON resignación y fastidio, los partidos políticos italianos van aceptando la posibilidad de disolver el Parlamento y celebrar unas elecciones generales anticipadas. Uno de los elementos básicos de esta desgana electoral es la sospecha de que no van a servir para nada. Es decir, que la serie de problemas de toda índole —partiendo de los económicos y continuando por los sociales— que martirizan al país desde hace años, no se van a resolver por un recuento de votos. La cuestión de que la Democracia Cristiana se ha desgastado en treinta años de gobierno y no es capaz de renovarse a sí misma se plantea con agudeza, complicada con la noción de que tampoco existe una solución de recambio. La habría si las fuerzas de la izquierda, socialistas y comunistas, con otros partidos menores, pudieran iniciar un período de gobierno. Pero precisamente la participación comunista en el gobierno del país es la muralla mayor con que se encuentra la política italiana. Desde la amenaza de golpe de Estado hasta la de la intervención de los Estados Unidos —Ford y Kissinger no han ocultado que no están dispuestos a tolerar una inclinación italiana hacia el comunismo—, todo presiona contra esa solución. El Partido Comunista había propuesto una especie de pacto a la DC, un "pacto de fin de Legislatura", que debía evitar las elecciones anticipadas y dejar transcurrir la situación política por cauces más normales, pero la DC no lo ha aceptado. No puede aceptarlo. Las divisiones interiores en el partido están centradas en ese tema.

A pesar de que hay seguridad de que el Partido Comunista va a ganar votos en las elecciones, prefiere sobre todo el pacto político que le permita ir entrando en el Gobierno por vías más discretas y que alarmen menos. Ya su victoria en las elecciones de Administración Local provocaron reacciones fuertes, como la citada de Estados Unidos, y la inquietud en la OTAN. Espera otro paso adelante en esa línea. En junio se tiene que celebrar un nuevo ciclo de elecciones municipales: los comunistas esperan conquistar en ellas nada menos que la Alcaldía de Roma, y continuar la tendencia a las alianzas con



Obreros de la construcción, del metal y de la industria química, durante una manifestación convocada en Roma por los sindicatos para presionar al Gobierno.

socialistas en los Ayuntamientos. Pero en junio tienen que coincidir —o pueden coincidir— tres elecciones importantes. Una de ellas es la de renovación del Parlamento, si se decide en esta semana su disolución. Otra es la de renovación de Ayuntamientos. La tercera es el referéndum sobre el aborto. Un tema que molesta profundamente

demócrata-cristianos, por la pura y simple razón de que van a perder votos, como lo vienen haciendo continuamente en cada convocatoria electoral desde hace años.

Sin embargo, la mayoría parlamentaria actual es insostenible. Está gobernando la Democracia Cristiana sola, apoyada en una mayoría parlamentaria en la que

del aborto, tienen que contar con los 56 diputados de la extrema derecha. Pero es una alianza deshonrosa.

Uno de los problemas que se desprenden de esa situación es que el empeño de gobernar sin contar con el reparto real de votos del país no es fácil o no es posible. No se puede ignorar que el Partido Comunista tiene el segundo puesto electoral en la nación, y que, por lo tanto, el "ghetto" que hay que construir para aislarle es mucho más grande de lo posible; no se puede ignorar que el 52 por 100 del país (según una encuesta publicada por la revista "Panorama") cree que la solución de los problemas políticos estaría en la entrada del Partido Comunista en el Gobierno. No se puede ignorar tampoco el sedimento fascista, la fuerza de la extrema derecha.

Ni se puede seguir creyendo que la DC es la única fuerza capaz de dominar y gobernar el país. Entre otras cosas, porque el país no está gobernado ni dominado. El canciller alemán Helmut Schmidt ha provocado una cuestión internacional seria al declarar que Italia marcha mal porque está gobernada desde hace treinta años por la DC, pero es indudable que tiene una base de razón. El gran partido de la posguerra se ha desgastado, se ha

## Juan Aldebarán

a los demócrata-cristianos por las razones religiosas que se conocen, y que han intentado soslayar con una redacción de la pregunta y del proyecto de Ley sobre el aborto evasiva y poco concreta. Molesta también a los comunistas: por una parte, son tradicionalmente opuestos al aborto, por filosofía política —no olvidemos que mayores ataques aún que los de la Iglesia contra Malthus, en su tiempo, fueron los de Marx, que le llamó "delincuente común"—; por otra, temen que este referéndum vaya a dividir la opinión pública en sectores distintos de los que requiere la morfología política y social del país. Sólo los socialistas están satisfechos con la convocatoria del referéndum. Y con la de las elecciones generales anticipadas. Contra éstas están también los

tiene que contar con los socialistas y que en algunos casos se ha visto sostenida por las abstenciones de los diputados comunistas, que, de haber votado en contra, habrían producido automáticamente una crisis sin salida, o con la salida de formarse de nuevo una de las ya históricas coaliciones entre demócrata-cristianos y socialistas. O buscar un apoyo de la extrema derecha, de los neofascistas. Ya se encontraron en esa embarazosa situación cuando se celebró el referéndum del divorcio, que fue una de las derrotas más resonantes de la DC. Se van a encontrar de nuevo con esa desviación a la derecha en el tema del aborto. En el juego parlamentario les está sucediendo ya lo mismo. Sus 265 diputados no dominan la mayoría en relación con un total de 630; en debates como el

dejado mezclar en corrupciones —a pesar del franciscanismo, de la honestidad de algunos de sus principales dirigentes, como Zacagnini—, presionar por los Estados Unidos, que la llevaron al poder prácticamente a la fuerza en la posguerra. La vocación inicial de centro de la DC italiana no se ha cumplido. Las nuevas corrientes de pensamiento no la han penetrado. En los otros países donde fue impuesta en circunstancias parecidas no ha podido sostenerse en el poder: en Alemania Federal sigue siendo el principal partido de la oposición, pero en Francia ha desaparecido, se ha disuelto en otros partidos del centro o de la derecha. En España tiene una vitalidad mucho mayor porque algunos de sus dirigentes se han formado en la oposición —lo que le pasaba a la DC de la posguerra— y porque muchos de sus grupos han podido abrazar las doctrinas más abiertas de la Iglesia inspiradora. Si aquí es un partido que asciende y que tiene posibilidades importantes en el futuro democrático, sobre todo si resuelve sus problemas interiores de acuerdo con la mayoría de la base y no por situaciones de poder de algunos de sus más destacados dirigentes, en Italia es un partido que declina y que, al agarrarse desesperadamente a las últimas oportunidades, está deteriorando toda la política nacional.

La serie de circunstancias reunidas de la política italiana y sus conexiones directas con la política internacional, y la influencia decisiva de los Estados Unidos, hacen ver con tintes muy sombríos el panorama. La situación económica se ha deteriorado hasta extremos máximos, la Bolsa toca el fondo y la posibilidad de que los comunistas progresen en las elecciones va a iniciar sin duda una mayor retracción de los capitales e incluso las habituales fugas al extranjero. Los sindicatos están haciendo un considerable esfuerzo para evitar una ola de huelgas que deteriorarían aún más la situación y harían más difícil cualquier principio de pacto, pero esta ola de huelgas parece prácticamente inevitable si no se acude a soluciones urgentes. Aun el "pacto de fin de Legislatura", que proponía el Partido Comunista, siendo la solución inmediata más práctica de cuantas se ofrecían, dejaba sin resolver el futuro. No lo van a resolver las elecciones

generales de junio, si se deciden y menos inscritas en un calendario electoral impresionante para ese mismo mes. Menos aún si con motivo de las elecciones generales se aplazasen las municipales. Y quizá el referéndum del aborto, el cual sí que supondría un cierto alivio para los partidos políticos.

Pero la agudeza de la situación italiana no es algo local o propio, o exclusivo: es una muestra muy visible de toda una decadencia de la sociedad occidental de la posguerra. La política no ha podido evolucionar, la democracia no ha seguido su proceso de desarrollo. Todo depende, a distancia, de los Estados Unidos, que, a su vez, se encuentran en un punto muerto político. Su nueva abundancia económica no va a servir para la invención de fórmulas políticas, que se había iniciado durante los días de la guerra de Vietnam y que se ha quedado cortada.

Digamos que es un problema general del gran Imperio de Occidente. Y más allá, de toda la situación internacional en general. La URSS tampoco hace gala de inventiva de ningún género y se ha quedado con todos sus problemas planteados a la muerte de Stalin sin resolver: China está más enfascada en una lucha por el poder que en una verdadera renovación de las tesis políticas. El mundo entero gira en torno a estos problemas de la falta de imaginación política y de la inadecuación de los Estados y los Gobiernos a las circunstancias que se van produciendo con arreglo a las modificaciones internas y propias de cada sociedad.

Italia es una encrucijada. Por su situación mediterránea, por su influencia en la zona Sur de Europa, por todo el peso que ha tenido en la posguerra. Está, por consiguiente, sufriendo de esta condición de encrucijada, de país típico.

Para los españoles es de un gran interés. Podríamos decir que desde el punto de vista de la oposición, en España hay un desarrollo político más "moderno", más realista que el de Italia. Pero ciertas razones geográficas y de situación dentro del gran Imperio de Occidente deben hacer que sigamos con mucho interés lo que se vaya a desarrollar en la otra gran península latina del Mediterráneo. ■

# La Capillina Sixtina

U. G. T.

**G**ÖRING se sacaba la pistola cuando oía la palabra "cultura". Es un acto reflejo de lo más primario, elemental: el nazismo y el fascismo sabían por "instinto" que eran incompatibles con la "cultura" y que su irresistible ascensión se fundamentaba en el otro analfabetismo, el siniestro analfabetismo cargado de suficiencia de las clases medias. Yo sólo me sacaría la pistola cuando oigo las palabras dogmatismo y sectarismo. Los dogmáticos y los sectarios son mis enemigos, son los enemigos de cualquier libertad que sirva para lo progresivo, de cualquier libertad fundamentada en el principio de que la ciencia, la Historia, la moral son carreras de obstáculos que se prolongan hacia el infinito, saltando sobre sus propios errores.

Muchas veces he tratado de racionalizarme el porqué de mi respeto indiscriminado por todos los símbolos, personas, incluso mitos vencidos en la guerra civil. El por qué asumo desde Marcelino Domingo a Durruti, desde Largo Caballero a Carrasco Formiguera, pasando por La Pasionaria, Nin, Maurin, Companys, Martínez Barrio, Azaña. No tiendo sobre ellos la paz de los muertos históricos, ni siquiera la piadosa paz para los vencidos o la tibia solidaridad de víctima de la guerra civil o sus consecuencias. Simplemente, me siento heredero de ellos, de todos ellos, pero heredero no de una herencia particular o mitológica, sino de la representatividad de un esfuerzo por comprender las claves de mi país al margen de toda la sucia metafísica peculiar con la que la derecha tradicional ha tratado de no dejarnos salir de la caverna platónica. Muchas veces he presenciado cómo un viejo dirigente comunista llamaba "cabrón" a Prieto, o cómo un poumista calificaba de asesinos a los comunistas, o he oído a Federica Montseny a sus largos sesenta años pronunciar una dura diatriba contra la coalición Esquerra-PSUC que se llevó el gato al agua en los "hechos de mayo" de 1937. Nunca me he sentido solidario con los insultos y los reproches. En mi colección mental de símbolos, todos me parecen héroes positivos, que con sus errores, a veces tremendos, incluso repugnantes e irracionales, trataron de construir la Historia de mi país a la medida del hombre secular, enterradores de tanto Cid y tanto cuento.

La celebración del Congreso de la UGT es un impresionante paso adelante que todos hemos dado para reconstruir "nuestra razón" y una razón objetiva, comunitaria, integradora de lo mejor de nuestro pasado. Al margen de lo que sea en el futuro el sindicalismo español, la supervivencia de esta UGT de hoy, tan legendaria como joven, ha de ser un motivo de alegría para todos los que llenamos de pequeñas o grandes cosas el hormiguero granero de la resistencia. Y sobre todo ha de ser una alegría para los que, sin ser ugetistas, reivindicamos por encima de cualquier otro principio el de la libertad, con la forma y el fondo al servicio de las fuerzas históricas progresivas. El de la libertad arrebataada del cínico templo de la burguesía: bajo palio, pero encadenada. ■

SIXTO CAMARA

MAS INFORMACION INTERNACIONAL A PARTIR DE LA PAGINA 38.